

Beatriz Sarlo (periodista, autora y ensayista argentina), *El país*, 2/10/2018

1 En Estados Unidos ya no se usa la palabra “negro” para identificar a los que hoy se definen
como *black* o *african americans*. Fue una batalla que no comenzó con disputas sobre
sustantivos, sino con una larga marcha desde Alabama. Primero esclavos, luego habitantes
5 de segunda categoría, lucharon por la igualdad jurídica, no simplemente por un lugar en el
diccionario. Quizás intuyeron que el lugar en el diccionario resulta de las luchas sociales,
culturales y económicas: comienza por un asiento en el transporte, una habitación en los
mismos hoteles y una mesa en los mismos bares [...].

En mi país, la Argentina, la palabra *gaucho* atravesó un centenario proceso de cambios
semánticos. A mediados del siglo XIX todavía significaba vago y bárbaro; un gran
10 intelectual, que fue presidente, los aborrecía como la encarnación del atraso. Mucho después,
gaucho comenzó a designar lo que hoy designa: alguien dispuesto a ayudar, por buena
voluntad y sin interés. No intervino la Academia ni ninguna otra tribuna ideológica para
establecer el nuevo significado. Habían llegado los inmigrantes pobres de Europa y, frente a
esa gente que traía otras costumbres y defendía sus derechos con ideas tan extemporáneas
15 como las del anarquismo, el *gaucho* se convirtió en un mito nacional. Los inmigrantes eran
despreciados como *tanos* que no hablaban español y *gallegos brutos*.

Sorprende la confianza con que hoy se quiere implantar el uso conjunto de masculino y
femenino, como si esa transformación lingüística garantizara una igualdad de género.
Cuando esa igualdad se exprese enteramente, ya estará afincada en los diccionarios. Pero lo
20 que más sorprende es la curiosa solución de utilizar la letra *e* final para indicar
conjuntamente al masculino y el femenino. Estudiantes de la élite social y cultural, que
asisten a los dos prestigiosos colegios universitarios de Buenos Aires, hoy dicen: *les*
alumnes, *les amigues*, como si la *e* final otorgara la representación del masculino y el
femenino, a contrapelo del español. La historia de las lenguas enseña (a quien la conozca un
25 poco) que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni
desde la dirección de un movimiento social, no importa cuán justas sean sus
reivindicaciones.

Como sea, las élites son optimistas sobre aquello que pueden hacer incluso en materia tan
resistente como el uso de la lengua. Daré un ejemplo. En la primera mitad del siglo XX la
30 escuela primaria argentina impuso el uso del *tú* en lugar del *vos*. Las maestras, que usaban un
impecable voseo durante la mayor parte del día, entraban al aula y empezaban a dirigirse a
sus alumnos de *tú*. Esa escuela primaria tuvo una potencia excepcional en las tareas de
alfabetización. Pero no pudo lograr que los chicos, que tan bien aprendían a leer y escribir, se
trataran de *tú*. El voseo rioplatense [...] no se sometió a las instrucciones de una institución
35 escolar que, en casi todos los demás aspectos, fue de una eficacia que hoy añoramos.
Finalmente, las autoridades educativas abandonaron sus caprichos reglamentaristas sobre el
uso del *tú*, y maestros y niños viven en paz con el voseo. [...]

Los cambios en una lengua son más difíciles de implantar que los cambios políticos. La
razón es evidente, si atendemos a que la lengua no es un instrumento exterior que se adopta a
40 voluntad (como se adopta una ideología, incluso una perspectiva moral), sino que nos
constituye. Para cambiarla hay dos caminos: imponer que padres y madres hablen a sus hijos
desde el nacimiento con los sustantivos en femenino y masculino, lo cual es una utopía
atractiva pero autoritaria. O esperar que la victoria en las luchas por la igualdad de género
resulte, como en los ejemplos de *black* o *gaucho*, en cambios de larga duración. [...]